

RETOS QUE PLANTEA EL MUNDO DE HOY Y DERROTEROS DE LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

Wilmer A. MOYETONES, OAR

Premisa

Vivimos en una cultura que hace difícil, cada vez más, la propuesta de la vida consagrada. Nos encontramos ante la «cultura de lo provisional», una «sociedad líquida», como dijo una vez Zygmunt Bauman, en la que se destacan, sobre todo, el ateísmo práctico, materialismo, consumismo, individualismo, pobreza, hambre, egoísmo, racismo, terrorismo internacional, relativismo ético, migración; es decir, vivimos en un clima cultural que no es favorable para proponer la vida consagrada.

En este tipo de sociedad surgen muchos interrogantes a la hora de plantearla como una opción de vida para los jóvenes de hoy: ¿Cómo hablar de pobreza en una sociedad que alaba el consumo y la posesión material? ¿Cómo proponer el valor de la castidad en una realidad que glorifica la gratificación sexual? ¿Cómo animar a la obediencia a personas que están condicionadas por una cultura que exalta la autonomía, la libertad personal y el relativismo? ¿Cómo proponer la vida fraterna en comunidad a personas que tienen por ideal el individualismo y la autorrealización narcisista?

Estos interrogantes afectan a lo esencial de la vida consagrada, que son los consejos evangélicos y la vida fraterna en comunidad, elementos constitutivos de la misma. Surge, entonces, el gran desafío de «resignificar» los consejos evangélicos y la vida fraterna en comunidad para los hombres de hoy, porque, haciéndolos significativos los que los vivimos, podríamos ser auténticos profetas del siglo XXI. Seremos significativos como consagrados en este mundo cuando nuestros votos religiosos sean expresión de las bienaventuranzas evangélicas.

Vivir personal y comunitariamente los consejos evangélicos «crea un estilo de vida propio, encaminado no hacia el poseer, el placer, el poder, sino hacia el compartir solidario, hacia la interdependencia y la comunión». Nuestra vida como consagrados debe generar un mundo alternativo de igualdad y de dignidad para todos. Para eso tenemos que vivirla «en salida», como nos dice el papa

Francisco; una vida religiosa «más itinerante, compasiva, evangelizadora», con palabras de José Cristo Rey Paredes¹.

1. ¿Cómo hablar de pobreza en una sociedad que alaba el consumo y la posesión material?

Debo aclarar, como preámbulo, que presento en primer lugar el voto de pobreza y no el de castidad, como lo vemos estructurado en el Vaticano II, porque Jesús, cuando nos presenta el plan programático de las bienaventuranzas, comienza diciendo: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 3), estableciendo, a mi entender, como base de su seguimiento el desprendimiento, la pobreza.

Frente a una sociedad cuya meta suprema es adquirir o tener dinero, ¿qué está diciendo nuestro voto de pobreza? Porque, queramos o no, ser pobre por el evangelio es todavía hoy un signo profético. Sabemos que es un tema que todavía se debate, pero puede ayudarnos a cuestionar nuestra vida como pobres.

Al hablar sobre la pobreza podemos caer en esta insidiosa trampa: «¿Para qué vamos a hablar de la pobreza si realmente no somos pobres?»; y entonces dejamos las puertas abiertas de nuestras comunidades al espíritu consumista, a la vida cómoda, al apego de las cosas. Es urgente que hablemos y sigamos dialogando sobre la pobreza evangélica, sin desligarla de la pobreza material, porque es un camino que todavía nos falta andar y, asimismo, es un elemento fundamental e irrenunciable en nuestra vida consagrada, es decir, parte de nuestro ADN.

El primer desafío consiste en ser conscientes de que estamos ante una sociedad consumista, por lo que tenemos que estar alertas y saber discernir para que este espíritu no entre en nuestras comunidades, y, si ya ha entrado, lo descubramos. Nuestro gran desafío es saber enfrentar el consumismo o el derroche. Para ello tenemos que educarnos, formarnos en la pobreza, una pobreza que tiene que ver con la del evangelio, es decir, una pobreza voluntaria «por el seguimiento de Cristo» (2Cor 8,5; Mt 8,20).

Tenemos que ser profetas manifestando al mundo que realmente somos pobres por Cristo. Aquí no se trata de renunciar a los bienes como si fueran algo malo, porque, si tomamos esa postura, estaríamos cayendo en un maniqueísmo

1 <http://www.xtorey.es/?p=1538>.

insostenible teológicamente. Jesús no demonizó nunca los bienes materiales: «Y digo esto porque vino Juan que comía y bebía, y dijeron: está endemoniado. Luego viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: es un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11, 18-19).

Todos sabemos que los bienes son necesarios para todos los mortales y para nosotros también son de suma importancia para llevar a cabo nuestros ministerios pastorales. Lo que condena Jesús es la idolatría de los bienes, es decir, poner el dinero en la misma categoría de Dios y que nuestra centralidad en Jesús se vaya perdiendo por culpa del dinero; de ahí, la advertencia de Jesús de que no podemos servir a dos señores (cf. Mt 6,24).

Otro de los desafíos tiene que ver con la fe: hemos caído en un ateísmo práctico, a la hora de no confiar en la providencia de Dios. «Dios no nos puede faltar», como nos dice Jesús en el evangelio: «Miren las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta» (Mt 6,26). ¡Cuánto dinero tenemos ahorrado, cuántas cosas hemos acumulado, cuántas veces ponemos el dinero y su estructura por encima de los hermanos, aun sabiendo que acumular riqueza nos lleva a alejarnos del nuestro único tesoro: Dios!

En definitiva tenemos que abandonarnos en los brazos de Dios: cuando vivimos abandonados en sus brazos, la pobreza adquiere esa forma de seguir a Jesús, quien «a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo» (Flp 2, 7-8), se vació a sí mismo y renunció a todo poder, dinero y a cualquier tipo de apoyo humano, para confiar solo en el Padre, ya que el mismo Dios, como dice san Agustín, «será nuestra verdadera, abundante y común herencia» (s. 355,2), y, «sin la confianza en Dios», acota Severino María Alonso, «la pobreza carece de sentido evangélico y se convierte en una actitud contraria al evangelio». Cabe citar al papa Francisco cuando se dirigió a los sacerdotes y religiosos en la Habana, citando a san Ignacio de Loyola: «La pobreza era el muro y la madre de la vida consagrada; era la madre porque engendraba más confianza en Dios y era el muro porque la protegía de toda mundanidad»².

Otro desafío que nos presenta esta cultura es testimoniar la pobreza con nuestro trabajo, como dice José Lisboa: «Porque si hablamos de pobreza y no vivimos con espíritu de privación, si vivimos buscando privilegios y recompensas, entonces no estaremos en condición de testimoniar nada a los hombres y

2 https://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20150920_cuba-omelia-vespri.html.

mujeres de hoy». Tenemos que dar testimonio de que confiamos en Dios como nuestro único tesoro, renunciando a todas aquellas cosas en las cuales nos solemos apoyar y que nos dan una falsa seguridad, tan falaz que nos hace añorar, con nostalgia, seguridades perdidas. Sabemos que la sociedad ensalza a la persona por lo que tiene, lo que hace y hasta por lo que consume, y nuestra pobreza da un giro distinto, porque para nosotros no es importante lo que hacemos, sino lo que somos: consagrados a Dios, para darnos a los demás con toda nuestra simplicidad y generosidad.

La pobreza nos tiene que llevar a ser libres. Muchas veces decimos que somos libres, pero nos dejamos invadir por las cosas materiales que nos ofrece la sociedad y nos dejamos llevar por las ofertas del día. El gran desafío es ser plenamente libres, pero para eso tenemos que arriesgar: todo ser que arriesga es totalmente libre. Quien arriesga es la persona libre, la que no arriesga está atada a sus caprichos, pensamientos y hasta su ideología, y cuando estamos atados a estas cosas nos puede pasar como al joven rico, que no fue capaz de dejarlo todo para seguir al Señor, se puso triste cuando le propuso que vendiera todo y se lo diera a los pobres, y luego que lo siguiera (cf. Mc 10,17-30). Aquel joven no era libre, se encontraba atado a la riqueza.

El Señor nos invita a dejarlo todo, y esto implica arriesgar todo para quedarse más libre, totalmente despojado. Es por eso que el papa Francisco dice que los religiosos tenemos que tener un espíritu de despojo y un espíritu de dejarlo todo por Jesús, porque, cuando nos dejamos poseer por la riqueza, terminamos mal en la vida consagrada, porque la riqueza, dice el mismo papa, «pauperiza, pero pauperiza mal, nos quita lo mejor que tenemos, nos hace pobres en la única riqueza que vale la pena para poner la seguridad en lo otro»³.

La persona libre es capaz de vivir la pobreza como la vivió san Pablo, que supo vivir en la escasez y en la abundancia, con el hambre y la saciedad, con bienes y sin ellos. Lo que más importa es la actitud. Ni las personas, ni las cosas, ni los bienes me tienen que condicionar la vida como pobre: cuando vivimos con la libertad de los hijos de Dios, todo contribuye para el bien; es Dios quien nos regala esa actitud.

En este punto queremos destacar el desafío de velar por los pobres, como destaca José Lisboa: «Caminar siempre en dirección a los pobres es una exigencia de la pobreza»; y Felicísimo Martínez redonda: «No se puede entender ni practicar la pobreza evangélica, si no es en función del seguimiento y en

3 https://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20150920_cuba-omelia-vespri.pdf.

relación a los pobres». Si nos desligamos de las necesidades de los pobres, si no somos capaces de denunciar las injusticias que padecen los descartables de la sociedad, ¿qué estamos haciendo con nuestro voto de pobreza? Es urgente hoy que nos impliquemos en las necesidades de los pobres, que actuemos.

Ya basta de escandalizarnos por las injusticias, por el alto índice de pobreza y de reducir esta cruda realidad al sentimiento. Es hora de que procedamos a defender a los más necesitados y de que vivamos este voto de forma real. Como dice J. Lisboa: «Un voto de pobreza que no se traduce en opción por los pobres y en servicio en favor de la justicia convertiría la vida consagrada en un verdadero teatro». Esta misma idea encontramos en J. Chittister: «El voto de pobreza no puede reducirse al cuidado de los pobres. Tiene que ser, con toda claridad, lucha contra toda forma de opresión y de exclusión social». Es por eso que nos dice el Documento de Aparecida: «La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino» (DA 257).

Si realmente fuéramos solidarios con los pobres, estaríamos viviendo pobres. Ya el papa Francisco nos ha dicho por activa y por pasiva que quiere una Iglesia pobre para los pobres. En esta reflexión podemos decir: *Queremos una Vida Religiosa pobre para los pobres*. Es hora de tomar la misma postura de Jesús con los pobres, como dice J. B. Metz:

Jesús proclamaba la dignidad humana, la subjetividad de todos los hombres ante Dios. De ahí que los testigos de este evangelio deban también ponerse de parte de esta subjetividad siempre amenazada: no solo lo deben para que las personas sigan siendo sujetos, para que retengan su dignidad subjetiva frente a las crecientes presiones colectivas, sino también para que las personas esclavizadas por la miseria y la opresión puedan llegar a esta dignidad de sujeto. Ésta es, a mi entender, una de las tareas más apremiantes de la pobreza como virtud evangélica.

Finalizo este punto con una reflexión del mismo Metz:

Jesús no fue popular. Era amigo del pueblo. No invocó el favor del pueblo, sino que lo llamó a sí, lo sacó de sus opresiones y temores. Pero, por supuesto, no tuvo que esforzarse por llegar a la solidaridad con los pobres. Él era pobre.

Es hora de escuchar el grito de los pobres, vicarios de Cristo. Ese grito tiene que tener eco en nuestra vida religiosa y exige de nosotros un compromiso social. Además, estamos obligados, como dice Pablo VI, «a despertar las conciencias frente al drama de la miseria y a las exigencias de justicia social del evangelio y de la Iglesia».

2. ¿Cómo proponer la castidad en una realidad que glorifica la gratificación sexual?

Nos encontramos ante una sociedad que le ha dado un giro total a la sexualidad. De lo que antes era un tabú, ahora se habla con «plena libertad». Ha cambiado la forma de ver la vida y también la de entender la sexualidad, el celibato y la castidad. Como dice Felicísimo Martínez: «Ha cambiado incluso en la vida religiosa la forma de interpretar y vivir las relaciones personales».

Nos encontramos en una sociedad que ha reducido la vida sexual del ser humano a la genitalidad. Una sociedad que, por activa y pasiva, te promociona la gratificación sexual a través de las diversas publicidades en los medios de comunicación social y en los anuncios comerciales. Podríamos afirmar, con José Vico, que es una sociedad de «liberación sexual».

Sabemos que todos los seres humanos estamos llamados a la libertad, pero cabe preguntarnos: esta liberación sexual ¿humaniza o deshumaniza a las personas? Porque este tipo de libertad está desligado del proyecto de amar, todo se reduce a la genitalidad y se convierte fácilmente en objeto de consumo, «en el que están interesados tanto consumidores como propagandistas de todo tipo de mercancías, previamente erotizadas. El sexo se vuelve un negocio. Un negocio que es, directa e indirectamente, bien rentable. Pero además, la sexualidad, así entendida y vivida, se convierte en un asunto puramente individual. Lo único que cuenta es la búsqueda del placer sin compromisos y sin responsabilidades»; prosigue su descripción este autor.

Nos encontramos frente a una sociedad que desvaloriza la vida célibe, la virginidad. Se ha llegado a decir: «la virginidad es un cáncer, vacúnate». Antes era un orgullo llegar al matrimonio virgen; ahora, si eres virgen, estás desfasado, y decir que eres una persona célibe es motivo de burla. Estamos ante una sociedad que da culto al cuerpo, que se ha convertido en mera satisfacción egoísta, que ha permitido que aumente el índice de narcisistas.

En definitiva, estamos viviendo un tiempo en el que las personas buscan su realización personal en el disfrute placentero del momento actual. Todo es efímero y relativo. De ahí que el disfrute al máximo del momento presente se convierta en el centro de sus proyectos de vida. Es casi como la vuelta al viejo dicho: «comamos y bebamos, que mañana moriremos», o al que propugnan los ateos: «Probablemente Dios no exista, deja de preocuparte y disfruta la vida».

Muchos jóvenes tienen la diversión y el placer inmediato como meta de sus vidas. Todo lo que incluya trabajo, sacrificio, espera, proceso, eternidad y compromiso les suena como pasado de moda, anticuado, imposible de vivir, pérdida de tiempo.

Frente a este panorama, ¿qué podemos hacer los consagrados?, ¿qué podemos aportar con nuestra opción celibataria?, ¿qué postura tomar?, ¿qué podemos decir con nuestro voto de castidad?

Uno de los desafíos dentro de la vida consagrada, y muy urgente, es trabajar seriamente este tema en la formación, ya que en las nuevas generaciones de religiosos puede estar presente una disociación entre el voto de castidad y la sexualidad. No podemos, por tanto, dejar a un lado este tema en la formación. Es urgente una integración consciente de la sexualidad, unida al propósito del celibato. No podemos eludir este aspecto, queriendo formar a los candidatos como si la sexualidad no existiera. Como dice José Lisboa:

El reto consiste en la capacidad para educar de cara a una experiencia que captive al ser humano para toda la vida. Hoy día, muchas congregaciones e instituciones están teniendo dificultad para llevar a la práctica un proceso educativo que fascine, porque no buscan una formación seria, paciente, que no queme etapas, como exige el momento actual.

Es necesario, e incluso urgente, empezar a formar a las nuevas generaciones en lo que son las relaciones afectivas, ya que muchos desconocen expresiones como fraternidad, solidaridad, generosidad, dar la vida por, ayudar a, acompañar a, amar a, dejarse amar por, llorar con, levantar a... Las relaciones actuales entre los jóvenes se reducen más al plano sexual-placentero y al plano de 'qué beneficio saco de'; es decir, las relaciones afectivas que viven o han vivido los jóvenes que quieren abrazar la vida religiosa muchas veces son demasiado superficiales como para implicarse en un compromiso de fidelidad con quien, más que premios, les ofrece cruces, renunciadas, persecución.

Si los futuros consagrados, sobre todo en la formación inicial, van creciendo en relaciones afectivas profundas, primero de encuentro con Dios y luego de fraternidad con su comunidad religiosa, irán progresivamente alcanzando una madurez afectiva que les permitirá responder con fidelidad a la llamada que han recibido: *a dejarlo todo por Jesucristo y por el Reino de los cielos*. De este modo, al enfrentarse a una misión de responsabilidad, fuera del ámbito de protección que puede ser una casa de formación, no empezarán a buscar con qué suplir las carencias afectivas que no han podido llenar en su proceso formativo o en la comunidad en la que residen. «El candidato llamado al celibato encontrará en la madurez afectiva una base firme para vivir la castidad con fidelidad y alegría» (PDV 44). Vale esta afirmación para los demás votos.

La madurez afectiva le da a la persona la capacidad de amar y de sentirse amada, de entregarse con generosidad, sin buscar consolidar o reafirmar su yo; es decir, que cuando realice cualquier actividad comunitaria y pastoral, la realice solo por amor, y un amor oblativo. Buscará la autotrascendencia más que la autorrealización. Su principal motivación será el encuentro con Cristo desde su

comunidad, y su única pasión, el Reino de Dios. Esta madurez afectiva, como dice Juan María Uriarte:

consiste en la capacidad para amar de modo intenso, estable y comprometido y dejarse amar honesta y limpiamente...; quien posee la madurez afectiva está normalmente dispuesto a la entrega oblativa al otro, a la búsqueda de su verdadero bien y a la demanda respetuosa a él. Aprecia el agradecimiento, la estima, el afecto; pero no los exige ni los busca como un mendigo⁴.

Otro de los desafíos es no reducir el celibato a la continencia, pues vas más allá: es amor que se entrega y es capaz de dar la vida por los demás. «Es un amor que no forma una familia según la carne, mas sí se compromete seriamente a construir y formar la familia del Reino». Bien dice Lisboa que la castidad es la orientación de nuestra afectividad y sexualidad hacia la misión que nos ha sido confiada en virtud de una vocación recibida. Vocación que, en última instancia, consiste en manifestar a hombres y mujeres de nuestro mundo el amor gratuito de Dios con nuestro servicio.

Frente a una sociedad que da culto al cuerpo de una manera narcisista, es urgente que nosotros, como consagrados, le demos un valor desde la perspectiva evangélica, que lleve a la persona a un crecimiento integral que converge en el respeto de la dignidad de la persona humana. Nuestro cuerpo hay que cuidarlo, pero no hay que olvidarse de que, por nuestro voto de castidad, lo hacemos para donarnos en la misión con todo nuestro ser. En algunos ambientes de la vida consagrada se ha metido también este cuidado de nuestro cuerpo, pero desde una perspectiva narcisista y no evangélica. El desafío está en ver el cuerpo, como dice Lisboa, «desde su condición de creatura y de expresión de la propia vida: sentir y tocar el propio cuerpo como identidad genérica y como templo de Dios».

Frente a una sociedad hedonista, el reto que tenemos los consagrados es de no dejarnos condicionar por las modas consumistas. Tenemos que ser críticos frente a las propagandas que nos venden los medios, porque, si no lo somos, podemos caer en las redes del consumidor, y si nos enredamos en el mundo consumista, no seremos capaces de vivir la castidad, ya que, al llenar nuestro corazón de tantas cosas materiales, nos vamos distanciando para vivir a plenitud nuestra castidad. Por ello, estamos llamados a vivir con lo necesario, lo que nos hace más libres y más dispuestos a amar más: mientras más libres somos, más podemos vivir para los demás y para Dios. Acudiendo nuevamente a J. Lisboa,

la castidad vivida al servicio, con sacrificio de entrega, nos incomoda en buena manera de nuestros privilegios que nos aburguesan, nos hace estar en movimiento

4 <http://www.diocesisdecanarias.es/pdf/madurez.pdf>, 4-5.

y atentos por construir un mundo más justo en la vivencia de la solidaridad; de lo contrario, cuando vivimos rodeados de cosas y perdemos mucho tiempo con ellas, entonces dejamos de ser castos. La castidad nos hace descubrir la vanidad que encierran las cosas, su temporalidad que no llena el vacío del corazón, ese vacío que solo puede cubrir un bien mayor trascendente.

Otro desafío es crear escenarios para el encuentro, para el diálogo, para la reciprocidad en nuestras comunidades y en nuestros ambientes pastorales. Dichos encuentros ayudan a vivir plenamente la castidad y a superar todo egocentrismo. Además, nos llevan a crecer en el amor y, como dice el documento *Perfectae Caritatis*, «la castidad se guarda más seguramente cuando entre los hermanos reina verdadera caridad fraterna en la vida común» (PC 12).

En definitiva, el voto de castidad nos tiene que llevar a «la misión profética de denunciar el utilitarismo como cultura que solo busca producir y disfrutar, que hace uso de las personas como si fueran cosas» (J. Lisboa).

Esta experiencia de fraternidad en la caridad nos vuelve más sensibles para escuchar el grito de los más necesitados. Así, la castidad, además de ser fraterna, es liberadora: «La castidad, por tanto, tiene sentido y valor solo cuando se convierte en compromiso que produce amor». Pero un amor, como dice Lisboa,

a personas concretas y, por tanto, están perfectamente integrados en el proyecto de vida que hemos abrazado libremente; hablo de amor a personas concretas, *lo reafirma*, porque, en la castidad, no basta con amar a Dios y a la humanidad en general, nuestro amor tiene que tener unos destinatarios y un sentido concretos. De lo contrario, puede que no sea más que una forma velada de prostitución: amamos a todo el mundo, pero, en realidad, no amamos a nadie verdaderamente, concretamente.

3. ¿Cómo animar a la obediencia a personas condicionadas por una cultura que exalta la autonomía, la libertad personal?

Nos encontramos con una sociedad en la que va reinando, cada vez más, el secularismo, un fenómeno que no deja de ser preocupante en la vida consagrada, ya que la persona quiere vivir desligada de Dios, quiere vivir totalmente autónoma sin contar con Dios. Ya decía el concilio Vaticano II:

Muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. La negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presenta no raramente como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo (GS 7).

Es decir, a Dios se le expulsa de la historia. Se le expulsa porque ya no se le ve como necesario. El hombre se cree autosuficiente. Y quiere ser el señor de su

historia y de su vida. Quiere ser autónomo y mayor de edad, hasta el punto de que su vida no sea dependiente.

Frente a esta sociedad secularizada, los religiosos tenemos que ser «especialistas en Dios», pero en el Dios auténtico, el Dios de Jesucristo⁵, ya que se nos puede meter en nuestras comunidades el ateísmo y la idolatría: el ateísmo, porque queremos hacer todos nuestros proyectos sin contar con Dios; y el espíritu idolátrico, por poner la confianza en otros dioses, llámense dinero, poder, placer o electrónica.

Nuestro creer no tiene que ser pasivo, sino dinamizador. Se debe poner en camino desde la perspectiva del seguimiento, para la construcción del Reino. Como lo manifiesta José Vico:

Pues bien, esta disponibilidad efectiva e histórica para ponerse en la dinámica del Reino, en el seguimiento de Jesús, que intenta secundar la voluntad de vida de Dios sobre los hombres, es la raíz de la obediencia de todo cristiano. Si en su raíz *obediencia* viene de ob-audire, que significa *prestar atenta escucha*, todo cristiano ha de ser un ‘oyente de la Palabra’, como decía K. Rahner. Y ser oyente de la Palabra implica seguir a Jesús en la historia con discernimiento, con análisis de la realidad y con disponibilidad.

Tenemos que darnos cuenta de que estos cambios en la sociedad también han afectado el *modo de entender la autoridad*. Por eso un desafío sería cómo podemos ejercer el servicio de la autoridad. El primer paso que podemos dar lo describe lúcidamente el jesuita Mauro Jöhri:

El servicio de la autoridad conlleva necesariamente la actitud de ponerse a la escucha de la persona individual y de todos aquellos que me han sido confiados. Pero no basta escuchar al hermano, con él tengo que escuchar lo que el Espíritu de Dios le está sugiriendo. Estoy llamado en primer lugar a escuchar, pero al mismo tiempo tengo que promover esa misma actitud en mis hermanos. Lo que en cada situación y en cada momento es esencial es pedir a Dios sentido y conocimiento para cumplir su santo y verdadero mandamiento.

Hay que tener esa capacidad de escuchar a las personas, porque ellas están por encima de las estructuras. Para ello se necesita un serio discernimiento, profundo y evangélico, y esto implica diálogo, respeto y oración. En otras palabras, tomadas de las reflexiones de J. Palud, F. Cereda y S. Currò:

Las relaciones humanas y la relación misma de obediencia se juegan entre respeto y decisión, entre acogida y responsabilidad, entre búsqueda de la dignidad humana y apertura a la gracia y al llamado de Dios. Esto pasa también por los conflictos.

5 http://w2.vatican.va/content/paul-vi/it/speeches/1968/september/documents/hf_p-vi_spe_19680914_tre-capitoli-general.html.

Quizá sea necesario reconciliarse un poco más con el valor de crecimiento humano y de fe encerrado en los conflictos, cuando se gestionan bien, evitando caer o en la armonía a toda costa o en lógicas de desquites o en la indiferencia. También en esto estamos en camino con todos y, como creyentes y consagrados, tenemos el desafío de mostrar que el Evangelio y los dones de Dios abren a relaciones verdaderas.

Otro de los desafíos en la vida religiosa es *superar la crisis del liderazgo*, ya que en la vida consagrada está ausente el liderazgo y es urgente promoverlo: algunos se resisten a este ministerio y quienes lo asumen no siempre lo hacen evangélicamente. Sabemos que esta nueva sociedad dificulta el ejercicio del liderazgo, pero también nos brinda muchas oportunidades para poder ejercerlo como ministerio en la vida religiosa. Una de las oportunidades que nos regala esta sociedad multicultural es la apertura al diálogo con otras culturas, como nos dice el documento *Vita Consecrata*:

Tal búsqueda es ventajosa para las mismas personas consagradas; en efecto, los valores descubiertos en las diversas civilizaciones pueden animarlas a incrementar su compromiso de contemplación y de oración, a practicar más intensamente el compartir comunitario y la hospitalidad, a cultivar con mayor diligencia el interés por la persona y el respeto por la naturaleza (VC 79).

Otra oportunidad que nos da el superar esta crisis del liderazgo es cultivar la *crisis de colegialidad*, como manifestó Bartolomeo Sorge en la 81ª Asamblea de Superiores Generales en el 2013: «El testimonio público de comunión y de unidad en la diversidad es fundamental para hacer creíble el misterio cristiano en un mundo roto y profundamente marcado por el egoísmo y por el individualismo»⁶. Nos brinda, además, la oportunidad de abrir nuestras puertas a los laicos para compartir con ellos la misión evangelizadora..

Un desafío urgente en la vida consagrada es *educar en la disponibilidad*, para ser enviado a las periferias. Hoy por hoy es necesario vencer la tentación de instalarnos e ir con audacia más allá de los muros de nuestras comunidades para alcanzar las periferias, instaurando un diálogo leal y abierto a todos. Como dice el papa Francisco:

Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una

6 http://www.google.es/url?url=http://vd.pcn.net/es/index.php%3Foption%3Dcom_docman%26task%3Ddoc_download%26gid%3D220%26Itemid%3D11&rct=j&q=&esrc=s&sa=U&ved=0ahUKEWj06Ib3oZvMAhUH1hoKHX7gD28QFggUMAA&usg=AFQjCNG_9jylFyRjiCZDw8a93vm2NKeLTQ.

Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencial; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar «la dulce y confortadora alegría de evangelizar»⁷.

El religioso debe estar dispuesto a ir ligero de equipaje, como dice José Vico,

al desierto, a la periferia y a la frontera. La manera específica de vivir la obediencia en la vida religiosa es esa disponibilidad absoluta y radical para ser enviado por la Iglesia para la edificación del Reino, allí donde está el desierto, a donde otro no está dispuesto a ir, la periferia a donde otro no puede ir, o la frontera que exige una creatividad y un riesgo absoluto. A la vida religiosa le compete una obediencia de luchador de vanguardia, no de retaguardia. El religioso ya no dispone de sí. Se juega la vida en la disponibilidad a favor del Reino y para que Dios reine en el mundo. También en el mundo secular, aquejado por el silencio de Dios, el religioso quiere ser con su vida testigo de la Palabra de Dios, del Dios de Jesús en el despojo de sí mismo y en disponibilidad para la edificación de ese Reino de amor, justicia y paz, en el que la humanización de unos es condición de posibilidad de la humanización de todos.

Me gustaría cerrar estos tres puntos dedicados a los consejos evangélicos, haciendo una visión conjunta de la ecología, un tema bastante debatido hoy y poco presente en nuestras comunidades. Todos somos conscientes de que nuestros textos constitucionales todavía no han tocado este tema desde la perspectiva de los consejos evangélicos. Por eso es un gran desafío para los consagrados comprometernos con la madre tierra y saber que nuestra relación no es solo con Dios, con el género humano, sino que también estamos relacionados con la naturaleza, la tierra. Es urgente colaborar en la defensa de la tierra y participar en la superación de la crisis ecológica, es decir, la vida consagrada tiene que descubrir su vocación del cuidado por amor a las criaturas, como lo han hecho san Francisco de Asís y el papa actual⁸.

7 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2013/documents/papa-francesco_20130325_lettera-vescovi-argentina.html.

8 Faltaría por reflexionar sobre otro de los aspectos esenciales de la vida consagrada, cual es la vida fraterna, a la luz del siguiente interrogante: ¿cómo proponer la vida fraterna en comunidad a personas que tienen por ideal el individualismo y la autorrealización narcisista? Mas, dado que posteriormente reflexionaré sobre el tema, dejo aquí esta primera parte de mi reflexión.

4. En estos tiempos ¿hacia dónde va el carisma agustino recoleto?

a. Este es el tiempo

Nos encontramos en un tiempo de «kairós» dentro de la Orden. Queremos aprovechar este momento como tiempo de gracia para revitalizar nuestra vida y nuestras comunidades. Como nos dice el prior general en su *Informe*, estamos viviendo un tiempo providencial para impulsar nuestra identidad carismática y reorganizar nuestra misión. Es tiempo de grandes oportunidades para nuevas cosas, para una recreación en comunión con el Espíritu que «todo lo hace nuevo». Esto nos debe mover, en este tiempo de reestructuración y revitalización, a ser cómplices del Espíritu para hacer nuevas todas las cosas. Comenzar todo de nuevo es dejar lugar al Espíritu; si nos quedamos como estamos, nuestro destino final será destruir el carisma agustiniano del que somos herederos.

Desde hace mucho tiempo, la vida consagrada se está cuestionando por la crisis vocacional y porque cada vez nos hacemos más mayores y no vamos a poder mantener nuestras obras. De hecho, abundan las publicaciones sobre este cuestionamiento: ¿hacia dónde va la vida consagrada?, ¿qué pasará con los consagrados en el futuro? Y nosotros también debemos preguntarnos: ¿hacia dónde llevamos nuestro carisma?, ¿qué nos está pidiendo el Espíritu a los agustinos recoletos hoy? Damos las gracias a algunos hermanos que, en los últimos cinco años, nos han hecho reflexionar sobre nuestro carisma, a través de los diversos documentos que nos han enviado para meditar y hacer vida estas realidades. Pienso que es la hora de hacer realidad la exhortación de Pablo VI: «Ha llegado el momento de traducir los documentos en vida; de pasar de los papeles a la realidad».

La finalidad de esta segunda parte de esta colaboración es reflexionar y buscar pistas sobre la vida consagrada, criterios para discernir por dónde va y qué retos nos lanzan hacia adelante como agustinos recoletos. Además estamos llamados a asumir riesgos y abandonar falsas seguridades. Todo ello supondrá reformular las estructuras, aliviarlas, dirigirlas hacia la animación, la revitalización y la reestructuración de la Orden.

Vivimos una cultura muy distinta a la de 1588, cuando surgimos, tal como he delineado en la primera parte del trabajo. Tenemos nuevos retos que afrontar, y debemos asumir los que respondan al religioso de hoy: hay preguntas nuevas y nuevas también han de ser las respuestas. Tendremos que dejar a un lado el pesimismo y situarnos ante los nuevos desafíos del mundo actual con realismo y radicalidad, porque solo así seremos capaces de mirar el pasado con una memoria agradecida, dándonos cuenta de que la vida consagrada ha sabido afrontar, en forma lenta pero segura y oportuna, los retos que el mundo le va presentando.

Ejemplo de ello es el testimonio de nuestros frailes, quienes, ante una situación vital concreta, respondieron de formas diversas a las demandas y desafíos que el mundo y la Iglesia les planteaban. Esto también se puede ver en la actualidad: se presentan nuevos desafíos, retos e interrogantes que deben ser abordados y trabajados desde nuestro estilo de vida agustino recoleto. Para ello no hay que mirar hacia atrás, sino hacia delante, y ofrecer alternativa. Ahora, más que nunca, como dijo Benedicto XVI, «la vida consagrada está llamada a ser un fuego que enciende otros fuegos» y está llamada a «encender el corazón»⁹. Quiero plantear esta reflexión desde nuestro fundamento carismático: oración-contemplación, vida comunitaria-fraternidad y misión-servicio, puesto que el mundo de hoy nos pide una forma de vivir que responda a la sociedad de hoy, tal como he desarrollado desde los esenciales clásicos de la vida religiosa.

Para responder a los nuevos paradigmas, mas sin desligarnos de nuestro carisma, hemos de vivir una intensidad en la oración, que nos lleve a una espiritualidad evangélica, fuerte, encarnada, comprometida, alimentada en la Eucaristía; a vivir una vida comunitaria como auténtica escuela de santidad; que seamos expertos en comunión y vivamos una radicalidad evangélica al servicio de la intensa misión propia del discípulo misionero. En otras palabras, para responder a estos desafíos importantes y dar con esos nuevos paradigmas, se precisa intensificar la oración, la vida fraterna y la misión..

Mas también hay que apuntar al cambio necesario para entender y vivir el sentido de la vida consagrada en la actualidad. Todo ello va a suponer reformar las estructuras, para que la nueva vida que florece encuentre espacios adecuados para germinar y dar el ciento por uno (cf. Mt 13,8). Debemos dejar las falsas seguridades y asumir riesgos, sin lo cual estaríamos abocados a la desaparición. Es urgente un cambio de estructura, como dice José M. Arnáiz: «Las estructuras actuales no responden como respondieron en el pasado; unas nuevas tienen que nacer y deben surgir de un espíritu nuevo. Para ello hay que apuntar a un paradigma nuevo»¹⁰. Y lo nuevo está por venir. Es don y tarea.

9 Con esta hermosa máxima, inspirada en Lc 12,49, resumió Mons. Francisco Valdés la vida y obra de san Alberto Hurtado, y bajo ella se esconde una hermosa antología de textos de dicho santo: S. FERNÁNDEZ (ed.), *Un fuego que enciende otros fuegos. Páginas escogidas de san Alberto Hurtado*, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2004.

10 J. M^a. ARNÁIZ, «Los grandes desafíos de la vida consagrada hoy»: http://www.paoline.org/paoline/allegati/15809/Arnaiz_LegrandiSfideVCoggi-esp.pdf, 2.

b. Vida contemplativa

Primero reflexiono sobre nuestra vida contemplativa, la oración; uno de los medios que acompañaron a nuestro padre san Agustín en la revitalización de su vida interior. El prior general, en el informe previo al capítulo general, señala como desafío la vida espiritual: «El gran reto de la Orden es la vida espiritual, entendida esta en el sentido más fuerte del término, o sea, como vida en Cristo, vida según el Espíritu»¹¹. Para vivir el carisma recibido, y ponerlo al servicio de la Iglesia y del mundo de hoy, necesitamos que nuestra vida esté fundamentada en una sólida y profunda espiritualidad agustino-recoleta. Elemento primordial del patrimonio de san Agustín y de la Orden es el amor contemplativo, que congrega a los hermanos en comunidad de oración y de culto, dentro de la Iglesia. Este amor, además de unir las almas y los corazones en comunidad de hermanos, es en sí difusivo y apostólico. Es decir, con las mismas palabras del *Informe*: «Necesitamos una espiritualidad encarnada, para revivir el sentido profético y el espíritu misionero de la comunidad» (85).

Tenemos que tomar en serio nuestra vida espiritual para poder ser religiosos profundos, con el fin de

poder orientar, y ser fieles al espíritu fundacional y carismático, y no a las estructuras centenarias que hemos construido para otras épocas; en pocas palabras, dedicarnos a la búsqueda de una nueva santidad que nos abra al futuro, que nos permita recuperar las intuiciones fundacionales y hacerlas nuevas, y lanzarnos a nuevas aventuras en medio de la incertidumbre y con la posibilidad de que en ello podemos fracasar¹².

Hemos de vivir nuestra consagración de modo que nos lleve a una vida mística realmente contracultural. Aún más, si logramos ser memoria viva de la manera de ser y actuar de Jesús obediente, pobre y casto, más contraculturales seremos. Los agustinos recoletos estamos llamados ahora a encarnar la vida de Jesús para poder ser referentes para el mundo de hoy, y esto se logra con la unión plena con Dios en la oración. En teoría, todos somos conscientes de que lo primordial es la unión con Dios, escuchar la voz de Dios; sin embargo, otra cosa es que dicho principio cale plenamente en la práctica diaria de nuestra vida, en el proyecto de vida y misión de nuestras comunidades.

11 M. MIRÓ MIRÓ, *Toda nuestra esperanza está en tu gran misericordia. Informe del prior general sobre el estado de la Orden*, Roma 2016, 73. A partir de ahora citaré en el texto la página de dicho informe.

12 J. M^o. ARNÁIZ, «Los grandes desafíos... 3.

Estamos progresando, como religiosos, en la conciencia de que la oración no es un deber, sino una exigencia para nuestra fidelidad a la vocación y misión a la que hemos sido convocados. Mas, para los jóvenes de hoy, no es suficiente recitar los salmos de las liturgias de las horas. Se pide algo más: ser orantes de la Palabra desde la profundidad, desde la interioridad; y con sensibilidad, con el corazón en el cielo y los pies en la tierra; y facilitando el acceso a nuestros espacios, para abrir «escuelas de oración». Los agustinos recoletos de hoy no conseguiremos vivir auténticamente nuestra vocación y misión, si cada día no encontramos tiempo, personal y comunitariamente, para estar con.aquel a quien hemos jurado seguir «para tener y dar vida al mundo».

Otro desafío es nuestra dimensión contemplativa, como dijo el cardenal Martini: Tenemos que dar tiempo a Dios para que actúe con nosotros. Significa vivir la oración como quien abre el espacio de la propia vida totalmente a Dios; tal vez, incluso, en la aridez, en la lucha contra las distracciones, en la fatiga. Dar tiempo a Dios, dejando que me invada, me penetre, me guíe, me conforte y me consuele.

Debemos dejar ese espacio a Dios, porque el problema de fondo en la vida consagrada está en el campo espiritual. Es necesario una espiritualidad para el cambio, es urgente contar con recursos teologales para ser capaces de proceder a esos cambios que se avecinan en nuestra Orden. Pero unos cambios que puedan calar en lo hondo del corazón del religioso. Con todo, si no media una espiritualidad profunda, los cambios que se produzcan no impregnarán a los religiosos. Seguiremos con el mismo acomodamiento, aunque con distinto nombre. Por lo tanto, debemos dejar tiempo a Dios para poder vivir muy profundamente la reestructuración.

Termino este primer punto diciendo que los religiosos debemos estar convencidos de que somos buscadores de Dios. Tenemos un gran ejemplo en nuestro padre Agustín cuando manifiesta: «Mi corazón está inquieto hasta que descansa en ti, Señor» (*conf.* 1,1,1). Y un corazón inquieto, en palabras de Benedicto XVI, «es el corazón que no se conforma en definitiva con nada que no sea Dios, convirtiéndose así en un corazón que ama»¹³. Si nos hemos consagrado a él es porque somos buscadores de Dios, y esta vocación no la debemos perder. De ahí que sea un gran reto para nosotros volver a esa actitud de buscadores.

Como dice la carta circular *Contemplad*, «la búsqueda comporta fatiga, pide levantarse y ponerse en camino, pide asumir la oscuridad de la noche»¹⁴. Es decir, exige el riesgo de desprendernos de nuestras falsas seguridades y cambiar nues-

13 http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2012/documents/hf_ben-xvi_hom_20120106_epifania.html.

14 <https://lahesiquia.files.wordpress.com/2016/01/contemplad-a4.pdf>, p. 21.

tras estructuras, puesto que ya no responden al hombre de hoy. Somos peregrinos en busca del sentido de la vida que simultáneamente se da con esa búsqueda del rostro de Dios. Es un anhelo profundo del corazón del hombre.

Esa búsqueda lleva a cada uno a entrar en el misterio de Dios, que conduce a la contemplación que, en palabras del papa Francisco,

es inteligencia, corazón, capacidad de estupor; capacidad de escuchar el silencio o sentir el susurro de un hilo de silencio sonoro en el cual Dios nos habla. Entrar en el misterio nos solicita a no tener miedo a la realidad: no cerrarse a sí mismos, no huir ante aquello que no entendemos, no cerrar los ojos ante los problemas, no negarlos, no eliminar los interrogantes... Ir más allá de las propias cómodas seguridades, más allá de la pereza y la indiferencia que nos frenan, y ponerse en búsqueda de la verdad, de la belleza y del amor, buscar un sentido no descontado, una respuesta no banal a las preguntas que ponen en crisis nuestra fe, nuestra fidelidad y nuestra razón¹⁵.

¡Ojalá que nuestra primera motivación como agustinos recoletos sea esa búsqueda de Dios, que se logra plenamente al final de nuestra vida, pero que se construye día a día!

c. Vida fraterna

Estamos viviendo en una sociedad que, por donde quiera que la miremos, ensalza el individualismo, una sociedad que ya no quiere tener hijos o solo uno y no más, una sociedad en la que los niños viven ensimismados en su mundo virtual. Estamos en una cultura narcisista. Una sociedad que va de prisa, con un activismo atroz que no nos permite entrar en relación con el otro, ni con nuestros seres queridos por el ritmo acelerado que lleva. En ella no se cuestiona el sentido de la realidad, del hombre, de la vida. Se produce una vivencia desenfadada, orientada hacia la eficacia.

Frente a esta realidad social, ¿cómo actuamos los religiosos, que hemos optado por la vida en comunidad, donde intentamos vivir con lo necesario y que todos los bienes sean para el común? ¿Cuáles serían los desafíos que tenemos que enfrentar hoy?

El individualismo y el narcisismo son dos realidades que nos llevan a la indiferencia, a olvidarnos del otro, a pensar solo en nosotros mismos. Frente al indivi-

15 https://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2015/documents/papa-francesco_20150404_omelia-veglia-pasquale.html.

dualismo el gran reto para la vida religiosa es el que nos está proponiendo el papa Francisco: «la mística del encuentro»¹⁶, ya que la vida consagrada está llamada a ser signo visible de relaciones humanas acogedoras, transparentes y sinceras.

Para llegar al encuentro con el otro, necesitamos superar todo narcisismo que se haya metido en nuestras comunidades. Además, tenemos que intentar lograr en nuestras comunidades unas relaciones profundas entre sus miembros hasta llegar a ser expertos en comunión, como nos lo exigen el documento *Vida fraterna en comunidad* y el papa Francisco en la carta para el *Año de la vida consagrada*:

La comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado, es decir, contribuye directamente a la evangelización... El signo de fraternidad (...) muestra el origen divino del mensaje cristiano y posee la fuerza para abrir los corazones a la fe. Por eso toda fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común (VFC 54; cf. 10).

Proponer la cultura del encuentro, de que habla el Papa, «requiere que estemos dispuestos no solo a dar, sino también a recibir de los otros». Por eso tenemos que preparar a los religiosos para que estén en condición de promover la comunión. Esto es posible únicamente si cada religioso está dispuesto a acoger al otro en todo su ser, hasta en lo que lo hace distinto de sí.

Ante una sociedad que va con muchas prisas, con mucho activismo, necesitamos proponer una comunidad de recogimiento, de volver al cultivo de la interioridad, es decir, volver al corazón. Es desde el recogimiento y desde la interioridad como podemos ir descubriendo grandes cosas en nuestra vida fraterna y misionera. Si hay en nuestra vida consagrada suficiente interioridad, tendremos la madurez necesaria para relacionarnos de forma saludable con las personas, aunque el ambiente exterior no sea del todo favorable.

Los religiosos tenemos que estar atentos para no caer en el activismo ni andar de prisa por la vida, porque esto es agotador; tenemos que reservarnos espacios de descanso y de ocio para poder serenar nuestra vida y para recrearnos. Por tanto, es necesario que cuidemos los momentos de ocio comunitario y los momentos de fiesta y celebración, ya que estos relajan las tensiones y son como una válvula de escape para el estrés y la presión que producen el trabajo y la misma convivencia.

En una sociedad multicultural como la nuestra surge otro desafío para la vida consagrada: la interculturalidad, que permite a los miembros procedentes de diferentes culturas interactuar entre ellos y enriquecerse mutuamente. En este

16 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_lettera-ap_20141121_lettera-consacrati.html.

sentido, la vida religiosa llegará a ser un signo profético para aquellos que desprecian a los otros por no ser de su propia cultura. Estamos llamados a ser uno para que el mundo crea (cf. Jn 17,21). A pesar de que somos de diversas culturas, somos capaces de crear comunidad.

Frente a una sociedad triste, amargada, cargada de estrés, la vida religiosa tiene que proponer comunidades que vivan con alegría. Es un reto al que el papa Francisco nos invita al indicar que, donde hay religiosos, allí hay alegría. El documento *Vida fraterna en comunidad* dice: «Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Muy pronto sus miembros se verán tentados a buscar en otra parte lo que no pueden encontrar en su casa» (VFC 28). La alegría es clave en nuestras comunidades para que tengan valor testimonial y capacidad de convocatoria. Pero es importante, ante todo, para que los religiosos tengan y disfruten calidad de vida:

Una fraternidad donde abunda la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse y que se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu. Se cumplen, de este modo, las palabras del salmo: «Vean qué delicia y qué hermosura es vivir los hermanos unidos...; ahí el Señor da la bendición y la vida para siempre» (Sal 133, 1-3), porque, cuando viven juntos fraternalmente, se reúnen en la asamblea de la Iglesia, se sienten concordes en la caridad y en un solo querer (VFC 28).

Así que nuestro gran reto es aportar alegría a la sociedad, ya que hemos heredado el Evangelio, es decir, la buena noticia. Los religiosos tenemos como misión ser «mensajeros y testigos de la Alegría».

Igualmente nos encontramos en una sociedad que está muy marcada por la soledad: cada día aumenta el número de personas mayores que se van quedando solas o abandonadas en un asilo. Frente a esta situación, la vida consagrada también tiene algo que ofrecer, que es vivir hasta el final de la vida rodeados de hermanos que te brindan una calidad de vida llena de afectos y ternura, y te acompañarán para el bien morir. Gracias a la compañía que nos brindan estos hermanos, su presencia nos ayuda a superar la soledad y el aislamiento físico. Como dice el magisterio de la Iglesia, pero desde la perspectiva de la castidad:

A veces la soledad pesará dolorosamente sobre el consagrado, pero no por eso se arrepentirá de haberla escogido generosamente. También Cristo, en las horas más trágicas de su vida, se quedó solo, abandonado por los mismos que él había escogido como testigos y compañeros de vida, y que había amado hasta el fin, pero declaró: «Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (SC 59).

Finalmente, en una sociedad consumista como la nuestra, los religiosos también tenemos algo que ofrecer, ya que solo la vida en comunidad puede responder a este desafío. Nosotros, que hemos optado por la vida común, ofrecemos a esta sociedad consumista vivir la comunión de bienes tanto materiales como espiritua-

les, convencidos de que esta comunión debe extenderse a la comunión solidaria con los más necesitados.

Los agustinos recoletos, ante esta sociedad de consumo, tienen que seguir insistiendo en la cultura de la sobriedad y austeridad. Como dice Felicísimo Martínez, «la austeridad, la sobriedad y el autocontrol... son más humanizadores que la sociedad del bienestar, de la abundancia y del consumo». Siendo más austeros y menos derrochadores, estaríamos colaborando con la protección del medio ambiente. Nuestro padre Agustín, en la *Regla*, nos señala cómo ha de ser nuestra vida: austera; es decir, contentarse con lo necesario. En definitiva, nuestra forma de vivir más sobria nos debe llevar a ser más solidarios.

d. Vida de servicio

Comienzo este apartado con una reflexión de José María Arnáiz:

La reestructuración tiene, al menos, una doble vertiente: la de la misión y la de la vida. Importante para la vida consagrada antes de cerrar comunidades y terminar con compromisos y obras, reducir y disminuir presencias, juntar fuerzas vivas que actúen concertadamente y compartir a varios niveles la misión. Esas fuerzas pueden venir de los laicos, de otras congregaciones o instituciones. Se precisa plantear el fortalecimiento de una forma de vida, que incluya la misión. Pero también hay que decir que no se puede asegurar el futuro de las comunidades y de las obras apostólicas y de los apostolados a costa de la forma de vida. Se debe vivir primordialmente para ser lo que somos y no dejar que se empañe lo que significamos¹⁷.

En la actualidad, el espíritu de Dios nos está llamando a unir fuerzas. Es urgente que compartamos nuestra misión, ya que es una tarea pendiente que tenemos en toda la Orden: compartir nuestro carisma, y también nuestra misión. Misión que no se puede reducir solo a compartir tareas con unos hermanos laicos, sino que va más allá de esto. Si así fuese, todo se reduciría a un asunto de gestión: programación, coordinación, distribución de tareas.

Tampoco podemos pensar que compartimos con nuestros hermanos laicos la misión únicamente porque ya no contamos –por falta de vocaciones o por la edad de los frailes– con religiosos que asuman las responsabilidades de las obras, sino por algo diferente: porque deseamos que, como bautizados, participen en nuestra tarea y se unan cada vez más en el anuncio del evangelio. El reto, pues,

17 J. M^a. ARNÁIZ, «Los grandes desafíos... 8.

tiene alcance mayor. No podemos caer en la tentación de pensar que, por falta de vocaciones, estamos invitando a los laicos a acercarse a nosotros para llenar los puestos que ya no puede asumir nuestra Orden. De lo que se trata es de multiplicar manos en la tarea evangelizadora, y no de ver quién aporta más o menos en dicha acción.

En efecto, la acción pastoral de los agustinos recoletos es dar sentido a la misión a través de la vivencia del carisma. Si pretendemos llevar a cabo la nueva evangelización, es necesario contar con los laicos y fomentar la comunión eclesial, ya que la misión, como afirma Pedro López,

es mucho más eficaz y esplendorosa cuando es realizada por una orquesta de carismas, y no cuando es llevada a cabo por individualidades; pues solo entonces la misión tiene el rostro de Cristo, la configuración que Jesús soñó para ella¹⁸.

Así pues, el gran desafío es llevar todos juntos la misión, ya que esta es una sola: la misión de Dios, y en ella todos nos constituimos anunciadores de la Buena Noticia y de la alegría pascual. Es el momento de dejar a un lado los particularismos y asumir el compromiso que tenemos los bautizados en la misión de la Iglesia. También es la oportunidad de desechar el miedo a perder nuestra identidad como personas consagradas, pensando que los laicos actúan como religiosos, y que los religiosos actúan como laicos, sin saber quién es quién. En realidad, no se trata de perder la identidad, sino de enriquecernos todos. De ahí que sea el momento de otorgar protagonismo a los seglares.

Este sería uno de los desafíos para algunos institutos. Se debe reconocer y respetar la diversidad que existe en cada instituto y en todos los que comparten la misión. Porque, como recuerda García Paredes, «si nos remitimos al Evangelio, vemos que Jesús no confió diversas misiones. El Señor Resucitado confió una sola misión, una gran misión, en la que habríamos de participar todos los que creamos en él, a través de los siglos y de los espacios»¹⁹. Sería un error, por tanto, que los agustinos recoletos hablásemos de nuestra misión y no de la misión de Dios o de la Iglesia. Y, para que esto sea así, es necesario integrarse en el cuerpo eclesial, compartir con todos la única misión, aportando, eso sí, los propios dones, el servicio, el carisma y los ministerios. Los ministerios dentro de la Orden son muchos, y se necesita valorar el conservarlos o dejarlos para poder responder con más fuerza y generosidad en la misión.

Urge asumir responsablemente nuestra acción pastoral, con una actitud de servicio, para que no llegue a nuestras comunidades el espíritu de aburguesamien-

18 [HTTP://WWW.CLARETIANOS.ES/BLOGS/SECRETARIADO-PARROQUIAS/MISION-COMPARTIDA](http://www.claretianos.es/blogs/secretariado-parroquias/mision-compartida).

19 [HTTP://WWW.XTOREY.ES/?P=1040](http://www.xtorey.es/?p=1040).

to o acomodamiento. Si desempeñamos nuestra actividad pastoral sin audacias, sin criterios y sin pasión, podemos convertirnos en simples funcionarios, administradores de sacramentos y de colegios. Es hora de hacer caso al papa Francisco y erigirnos en comunidades en salida y no encerrarnos en falsas seguridades.

Una Iglesia de salida es una Iglesia que deja que actúe el Espíritu de Dios y es capaz de saber y responder a los dolores y gozos de los más necesitados de la sociedad, llegar hasta las periferias existenciales. Quizás el Señor nos invita a dejar los ministerios que tenemos y ocuparnos de otros donde no haya tantas seguridades. Pienso, con Honorio Martín Sánchez, que nos está empujando

a ir a los mundos de la marginación, a los ambientes quebrados por la vida, no redimidos aún por la compasión, el sacrificio y la ternura de los seguidores de Jesús, y en quienes él sigue crucificado, esperando liberación. Nos empuja a todos esos mundos sociales, culturales, interreligiosos, etc., en donde se crea «cultura» y ciencia, en donde se abre camino la vida, así como al mundo de las migraciones, de la conflictividad social, política, económica, etc.; nos empuja hacia las periferias de las ciudades, y también del campo, y a trabajar en sintonía con los movimientos ecológicos, solidarios, ecuménicos, interreligiosos, pacifistas, etc.²⁰.

Prosiguiendo con las palabras de Honorio Martín Sánchez, los agustinos recoletos, como todos los seres humanos, estamos llamados a

ser presencia de esperanza y humanización allí donde otros no quieren llegar, mediadores de la bondad del Dios de Jesucristo entre tantos excluidos, en nombre de Jesús y de su comunidad. Y todo esto, desde la conciencia de que ‘hemos sido llamados únicamente para ser enviados’; en disponibilidad plena, sin guardarnos ‘reservas de autonomía’, para ir adonde no hay testigos y sembradores de vida nueva, de Evangelio, de Jesucristo, el Salvador, el Hijo de Santa María.

Conclusión

Después de haber analizado la sociedad en confrontación con la vida consagrada y de haber visto algunos desafíos que tenemos que afrontar hoy como agustinos recoletos, lo que nos queda es vivir nuestra vida como consagrados con toda pasión y entrega generosa, porque sabemos que la vida religiosa no va a desaparecer. Tiene un futuro que debemos ver con mucha esperanza, y vivir el presente haciendo las cosas que tenemos que hacer, pero con toda el alma y todo

20 <https://sgfp.wordpress.com/2011/02/02/%EF%BB%BFreflexiones-y-propuestas-sobre-la-vida-consagrada-hoy/>

el corazón. En una palabra, con mucha pasión: apasionados por Dios, apasionados por el Reino, apasionados por los ninguneados de la historia.

Sabemos que la sociedad está cambiando, la Iglesia también e, igualmente, la vida religiosa; pero si esta no estuviera cambiando, es hora de que comience a hacerlo, como señala Bartolomeo Sorge en el documento ya citado: «Nos toca abrir el camino o, mejor, descubrir el camino que el Espíritu Santo nos está abriendo para gestar el nuevo modelo de vida religiosa, ya que la vida religiosa está en crisis, pero el Espíritu Santo no». Estamos viviendo un momento oportuno para dar un paso adelante en la vida consagrada.

Me gustaría introducir en este momento, a manera de cortina publicitaria, un par de textos del magisterio de la Iglesia: uno de Benedicto XVI y el otro de *Vita Consecrata*. El de Benedicto dice:

La Iglesia necesita vuestro testimonio. Necesita una vida consagrada que afronte con valentía y creatividad los desafíos de nuestro tiempo. Ante el avance del hedonismo, a vosotros se os pide el valiente testimonio de la castidad, como expresión de un corazón que conoce la belleza y el precio del amor de Dios. Ante la sed del dinero, vuestra vida sobria y dispuesta al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la riqueza verdadera que no perece. Ante el individualismo y el relativismo, que inducen a las personas a ser única norma para sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y, por lo tanto, capaz de obediencia, confirma que vosotros ponéis en Dios vuestra realización²¹.

Y el de *Vita Consecrata*:

¡Ustedes no solamente tienen una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Pongan los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu les impulsa para seguir haciendo con ustedes grandes cosas (VC 110).

Wilmer A. MOYETONES
Teologado Santa Rita de Casia
Lima (Perú)

21 https://w2.vatican.va/content/benedictxvi/es/speeches/2005/december/documents/hf_ben_xvi_spe_20051210_religious-rome-diocese.html.

Resumen

Vivimos insertos en una cultura de lo provisional, en la que se hace difícil ofertar el encanto de la vida consagrada, ya que casi nadie quiere asumir un compromiso radical para toda la vida. Por ello se reclama de la vida consagrada creatividad y audacia para afrontar el desafío de vivir nuestra vida como consagrados con pasión y entrega generosa en un ámbito donde el narcisismo, el hedonismo, las ansias de poder y de poseer llevan la delantera. En las siguientes líneas se propone la significatividad de los denominados esenciales de la vida consagrada (pobreza, castidad, obediencia, comunidad) para nuestra cultura, con el propósito de barruntar hacia dónde ha de encaminarse la vivencia del carisma agustino recoleto si realmente quiere resultar relevante hoy.

Abstract

We live in a culture of the provisional, wherein it becomes difficult to offer the charm of consecrated life, since almost nobody wants to assume a radical commitment for one's entire life. Thus, consecrated life ought to offer creativity and audacity to face the challenge of living our life as consecrated persons with passion and generous self-giving in a context where narcissism, hedonism, desire for power and possession are taking the lead. In the following lines, the significance of the so-called essentials of consecrated life (poverty, chastity, obedience, and community) is put forward, with the purpose of making a conjecture as to where the experience of the Augustinian Recollect charism ought to be directed, if it really wants to become relevant today.